

á los soldados formados en el atrio, y luego cuando el Coronel Rivero se le acercó, "¿Vd. es quien ha traído á esos franceses señor, ? le dijo con un ademán desesperado.

Naturalmente, dicho jefe dispuso trasladarlo á Valladolid, mandando preparar una camilla para el efecto, en cuya operación estaban cuando los indios se presentaron y sitiaron estrechamente la población, haciendo replegarse precipitadamente al atrio, á dos ó tres guerrillas que cubrían la retaguardia por el camino del mismo Valladolid. Entonces, se empeñó entre los unos y los otros un combate, sostenido con un vivo tiroteo por largo tiempo, hasta que el imperturbable Coronel Rivero dispuso pasar por encima de uno de los grupos que los cercaban, rasgo heroico que consiguió llevar á cabo, haciendo conducir en medio de aquel estruendo, al cura Villamil á quien por nada quería dejar en Oitnup.

Esta heroicidad sin embargo, solo pudo sostenerla el bravo Coronel hasta el cabo nada mas de la población. Desde este lugar, hasta el cabo mismo de Valladolid, inútiles fueron todos sus esfuerzos. Superiores en número los indios á la fuerza que mandaba, desbarataron completamente su retaguardia, con cuyo motivo, envuelta tambien la vanguardia y centro en aquel desorden, continuaron de este modo, víctimas del fuego de las emboscadas y de una inmensa turba que los persiguió, sirviéndose hasta del lazo, con que los arrastraban para llevarlos á la plaza en donde los hacían morir, si es que muertos no llegaban á aquel lugar. Hubo sin embargo, un hombre que les hizo resistencia en todo el tránsito, haciéndoles fuego con su carabina como podia. Este hombre, era un jóven oficial del batallón *libertad* de Campeche, ahora General de brigada del ejército mexicano D. Celestino Brito.

Por último, á los cuatro de la tarde empezaron á llegar los dispersos á Valladolid, habiendo sido la pérdida de toda la fuerza que marchó de mas de cincuenta ó sesenta muertos que quedaron tirados en el campo, y de treinta ó cincuenta heridos entre ellos tres oficiales que afortunadamente pudieron alcanzar la ciudad.

La ciudad desde entónces empezó á decaer, trasluciendo en todos los rostros el abatimiento y el dolor. Solo hubo esa noche un Jefe que al preveer las consecuencias de aquel funesto encuentro de fatal augurio para nuestras tropas, estaba lleno de impaciencia porque no se trataba vengar el honor de nuestras armas. Quería batirse como estaba acostumbrado á hacerlo, ambicionaba gloria, quería morir como un patriota, y se batió, murió y se cubrió de gloria. Este Jefe era D. Miguel Bolio.

Propuso para el efecto á D. Agustin Leon, que saldria para Oitnup con trescientos hombres, cuyos oficiales de toda su confianza escogeria; que al entrar en dicho pueblo, incendiaria dos ó tres casas en señal de no haber encontrado resistencia, en cuya virtud saldria en el instante D. Angel Rosado con cien hombres de su campamento de San Juan, para caer ambas fuerzas en combinacion sobre Chichimilá, ó en caso contrario, es decir, en caso de no verse la señal de incendio, partiese inmediatamente, para Oitnup con el objeto de auxiliarlo, porque su idea era desbaratar el cuartel general de los sublevados, ya estuviese en este último pueblo ó en Chichimilá.

Formada de este modo la combinacion, la cual fué del agrado de D. Agustin Leon, eligió el mismo D. Miguel Bolio á los oficiales principales que habian de ir con él, habiendo sido estos los siguientes: D. Manuel Cepeda Peraza, don Antonio Fernandez Montilla, D. Joaquin Mézquita, D. Manuel Iturrarán y D. Francisco Oviedo hijo. La fuerza se componia en su mayor parte del primero local de Mérida, de otra del batallón *libertad* de Campeche, y la última de Valladolid, figurando de este modo en el combate memorable que iba á tener lugar, los hijos de las tres ciudades principales del Estado: Mérida, Campeche y Valladolid.

A las cinco de la mañana en su virtud, organizó su fuerza en el atrio de la iglesia de Sisal, confiando la guerrilla de vanguardia á D. Joaquin Mézquita, la protectora de vanguardia á D. Manuel Iturrarán, el centro compuesto de ciento veinti-



cinco hombres al Capitan D. Antonio Fernandez Montilla, y por último, habiendo dispuesto que permanecieran á retaguardia, tres guerrillas, una para proteger el centro, las otras dos para atender á los heridos y muertos que tuviesen, emprendió su marcha, mandando decir á D. Agustin Leon que estuviese atenta la plaza á la señal convenida que habia de dar, asi como lista la fuerza que habia de salir para Çitnup ó Chichimilá. A los comandantes de guerrilla les previno, luego que hubo montado á caballo, que se entendieran con él, por medio de los cornetas respectivos con todos los toques de la ordenanza militar.

Pero la fuerza que él llevaba, estaba herida ya de muerte desde que entraron los dispersos de la derrota que sufrió el Coronel Rivero en su expedicion. Silenciosamente habia formado en el atrio de la iglesia de Sisal, silenciosamente habia partido de aquel lugar, y mas silenciosa todavía se puso, cuando á corta distancia de la ciudad, empezó á ver los cadáveres de las víctimas del dia anterior. El primero de estos era un moreno de Valladolid, á quien despues de muerto le habian aplastado la cabeza con una enorme piedra, y por cuya causa presentaba una figura horrible, el segundo, á unos cuantos pasos en seguida, era el cura Villamil colgado de un árbol con los ojos fuera de sus órbitas, mas allá seguian los otros cadáveres hasta cerca del mismo pueblo de Çitnup. La fuerza por esta causa, se detenia á cada paso horrorizada, razon por la que, D. Miguel Bolio que iba y volvía violentamente de vanguardia á retaguardia, vigilándola, le decia: ¡ Adelante! ¿ nunca han vistos ustedes cadáveres?

Un momento despues, el oficial de la guerrilla de vanguardia al divisar la primera trinchera del enemigo, mandó al corneta que diera un toque de atencion, en seguida otro que decia *el enemigo al frente*, y por último, uno mas que significaba *mucha fuerza*, á cuyos toques contestó el intrépido Comandante con su corneta de órdenes, *atencion, la vanguardia avance á paso veloz*. La fuerza fué avanzando en vista de esto, sin haber encontrado inconveniente alguno porque

los indios abandonaban sus trincheras y se internaban en el bosque, hecho que no solo volvió á las tropas su serenidad, sino que las hizo continuar entusiasmadas, hasta que llegaron tranquilamente á Çitnup. Esto sin embargo, no habia sido mas que una estrategia para aprovechar mejor la oportunidad.

No tan pronto se habian apoderado del átrio de la Iglesia; ocupábase D. Miguel Bolio todavía en mandar fortificar á la ligera las esquinas, en una de las cuales, habia dejado una guerrilla en observacion, cuando desembocaron los indios por todas direcciones, inundando el pequeño pueblo de tal manera, que solo su número los empujaba sobre la tropa que desde aquel instante se redujo al átrio nada mas, haciendo caer una lluvia de balas sobre sus agresores. Un incendio devorador por toda la poblacion que levantó en seguida densas columnas de humo que las ahogaba, vino á hacer mas crítica la situacion, sin embargo de que D. Miguel Bolio pudo conseguir á pesar de todo esto, que fuera ocupada una pequeña colina por el Capitan del batallon *libertad*, don Antonio Garcia Poblaciones, para contener á los audaces que se le tiraban en el átrio. De esta manera se estuvieron sosteniendo á duras penas, hasta las doce del dia, hora en que previno al Teniente D. Joaquin Mézquita, saliera á observar qué paradero habia tenido la guerrilla que habia dejado en uno de los ángulos de la plaza para cubrirle la retaguardia, única que por cierto no se le habia podido replegar. Mézquita volvió un instante despues, manifestando que solo habia visto cadáveres en el lugar que ocupaba la guerrilla, lo cual provaba que esta ya no existia.

Mandó en seguida al mismo Mézquita, que forzara una trinchera puesta á su regreso á cincuenta ó sesenta pasos del átrio nada mas, para ver si por allí podian salir, porque la sed, el sol y el fuego del incendio de las casas los desesperaba; pero Mézquita abandonado por su guerrilla, cuando solo estaba ya de la trinchera quince ó veinte pasos, tuvo que tirarse á un solar, detras de cuyo cerco permaneció sin



poder regresar al átrio, hasta que el oficial D. Pedro Agustín Cámara salió á salvarlo con ocho ó diez hombres que lo quisieron seguir. Cámara cayó muerto en el acto de un balazo, y los que lo seguían se dispersaron, con cuyo motivo al ver Mézquita el sacrificio generoso que aquel valiente acababa de hacer por él, se resolvió á morir, saliendo del lugar en que se hallaba para recoger apresuradamente el cadáver de la víctima, que condujo á la iglesia en union del capitán D. Manuel Cepeda Peraza, único que se atrevió á salir del átrio con aquel mismo objeto, cubriéndolo éste con una jerga para no desanimar á la tropa á quien se quiso hacer creer que no estaba muerto sino solo herido.

Entónces D. Miguel Bolio que veía la situacion en que se hallaban, se puso á organizar en aquel momento una fuerza de vanguardia para caer sobre los atrincheramientos enemigos, abriéndose paso á punta de bayoneta por el camino de Valladolid. Inútiles esfuerzos sin embargo. Ocupábase todavía de esto, cuando los indios se tiraron por todas direcciones sobre ellos, haciendo salir en un completo desorden á la fuerza. El mismo D. Miguel Bolio, un asistente suyo, los capitanes Cepeda y Montilla, así como los Tenientes Iturrarán y Mézquita, cayeron de hecho prisioneros en el átrio. Afortunadamente para estos, los indios se fijaron en D. Miguel Bolio que se hizo distinguir de ellos por su traje, y con el cual y su asistente entraron en lucha desesperada, defendiéndose el uno con el sable, repartiendo el otro bayonetazos, circunstancia que los hizo salir de allí tomando en seguida el camino de Valladolid.

En cuanto á lo demas, no entraremos en una relacion por menorizada, porque nadie de los que allí estuvieron puede decir con exactitud lo que sucedió despues. Solo sí diremos que hubo una lucha desesperada en las esquinas de la plaza, cuando la tropa forzó los atrincheramientos para abrirse paso, habiendo llegado el caso de que los indios hicieran prisioneros á los soldados á quienes agarraron por sus mismas fornituras, al mismo tiempo que hacian llover sobre ellos, pe-

dradas, trancazos y balazos. Ademas de todo esto, cuajado el camino de emboscadas, muchos de los que pudieron salvarse en Çitnup, fueron á perecer despues casi en el cabo mismo de Valladolid, hasta donde llegaron en pos de ellos sus perseguidores, que dieron un balazo en la clavícula al Teniente D. Manuel Iturrarán por haberles querido hacer frente ántes de llegar á la trinchera. Por último, habian muerto en el combate mas de ciento cincuenta hombres de tropa, inclusive su valiente Comandante, y cinco oficiales mas. Hé aquí el nombre de ellos. D. Antonio Fernández Montilla, D. Francisco Oviedo, D. Juan Rosado Sierra, D. Sarturino Marin y D. José Alcocer Villanueva.

Valladolid en fin, volvió á conmoverse por este acontecimiento, como se conmovió la primera vez cuando la derrota del Coronel Rivero, dejándose escuchar en todo el campamento, llanto y gemidos de dolor. D. Agustín Leon, sin decir una sola palabra, mudo mas bien por la desesperacion, apenas pudo disponer que salieran cien hombres á las órdenes del Capitán Troncoso, dándole instrucciones para que avanzara todo lo posible por el camino de Çitnup, á fin de que recogiera á los muertos y heridos que pudiese encontrar allí. A las oraciones de la noche, entró esta fuerza, conduciendo en camillas treinta ó cuarenta cadáveres únicos que pudo hallar, entre los cuales se hallaban los de los oficiales Montilla, Marin y Rosado Sierra. A esa misma hora, se dejó escuchar en el campamento de Santa Ana un tristísimo toque de corneta, con el cual se daba á reconocer por orden extraordinaria de la plaza comandante de la seccion que ocupaba dicho punto, al Capitán D. Manuel Cepeda Peraza en sustitucion de D. Miguel Bolio, á quien muchos de sus subalternos lloraban ya. Al ménos el que habia dado aquel toque de corneta, de seguro es que lo habrá hecho con el corazon partido de dolor: era el mismo que le habia servido de corneta de órdenes en Çitnup; se llamaba Eligio Llerves, hijo sencillo del pueblo que mas adelante habia de portar presillas por su valor, pero que tambien ha-



bia de morir como su Comandante, peleando heroicamente contra la barbarie en favor de la civilizacion.

Pero entretanto, nos dirán nuestros lectores. ¿Y D. Angel Rosado por qué no auxilió á Oitnup? Esto es lo que precisamente nos habiamos reservado decir aquí. Una hora despues de haber salido D. Miguel Bolio para dicho pueblo, se situó el primer Ayudante D. Francisco Oviedo en la altura de la parroquia con su corneta de órdenes, en espera de la señal de incendio para avisar inmediatamente que divisara el humo, lo cual verificó á las once y media del dia, hora en que salió D. Angel Rosado para Chichimilá, creyendo de acuerdo con la misma señal convenida, que D. Miguel Bolio no habia encontrado novedad en Oitnup, cuando no él, sino los indios habian incendiado la poblacion para acosarlo mas, ¡azares de la guerra! De estos hechos abunda la historia de los pueblos.

Por supuesto, este acontecimiento que como hemos dicho llenó de luto á Valladolid; hizo que á los pocos dias saliera una gran parte de las familias custodiada por apenas ochenta hombres, un piquete de caballería y dos piezas de artillería, á las órdenes del Coronel Rivero, que bien pronto despues de haber desempeñado su comision tranquilamente, llegando hasta Izamal con las familias, verificó su regreso batiéndose en el tránsito desde Uayma hasta mucho despues de Pixoy. Salió á protegerlo con cincuenta ó sesenta hombres, cuando se dejó escuchar en la plaza el eco atronador de su artillería, el primer Ayudante D. José Maria Vergara, hombre disponible á cualquier hora para batirse, y con quien la fuerza expedicionaria entró en la Ciudad, con gran contento de los que creian que desahogada de este modo del número de familias que salieron, era ya difícil que sucumbiera, por mas considerable que habiese sido la pérdida de nuestras tropas en Oitnup. ¡Quimérica ilucion!

La traidora suerte iba á descargar sobre Valladolid, un golpe mas fuerte todavia que habia de traer por consecuencia necesaria su desocupacion, porque ese acontecimiento,

iba á privarle de uno de sus mas esforzados campeones, sumiéndola en el desconsuelo y en el mas profundo dolor.

El 11 de Marzo, Miguel Huchim caudillo principal de los que sitiaban la Ciudad, dirigió una carta al Coronel Rivero manifestándole que deseaba fuese su compadre, y que ademas ansiaba tratar con él acerca del modo de concluir la guerra, para lo cual queria que tuviesen una conferencia en un sitio llamado Halal, á las inmediaciones de Valladolid, agregando que para seguridad de la buena fé con que procedia, en el momento que le avisara dicho Jefe su salida para Halal, enviaria en rehenes quince ó veinte de los suyos que debian permanecer en la plaza principal hasta despues de la negociacion.

Con este motivo, habiendo contestado el imperturbable Coronel que iría, presentáronse los quince ó veinte indios que habian de servir de rehenes, hecho que entusiasmando á algunos oficiales de la guarnicion, se incorporaron á la comitiva que en aquel momento salia para Halal, compuesta del referido Coronel Rivero, del Vicario de la parroquia don Manuel Antonio Sierra, de los Presbíteros D. Marcelino Paz, D. Manuel Jesus Pérez y D. Ramon Vales, que confiados en la palabra de Huchim, no tomaron la mas insignificante precaucion para su seguridad. Un momento despues, llegaron á Halal, en donde vieron con sorpresa que no estaba allí el que los habia llamado, primera señal que les hizo conocer su excesiva candidez. El que los recibió, rodeado de una turba insolentada, fué Francisco Pue otro de los caudillos principales que les dijo con arrogancia: "No está aquí el Comandante todavia; pero desde ahora les anuncio que para restablecer la paz, les va á exigir por espresa condicion la desocupacion de Valladolid."

En seguida de esto, se presentó Huchim, un indio bajo de cuerpo, pero de un fuerte desarrollo muscular, con un sombrero adornado de cintas de diversos colores, portando un rifle de sargento que llevaba pendiente de una faja encarnada que le cruzaba el pecho, en cuyo lugar ostentaba como



escudo una hermosa flor artificial tambien encarnada, todo seguramente para demostrar la alta graduacion que entre los suyos tenia la fortuna de obtener. "Buenos dias, Sr. Vicario," dijo con altivez, dirigiéndose al Cura Sierra, sin aquella veneracion con que ántes, él y los demas pertenecientes á su raza veian á los Párrocos. No le inclinó la cabeza ni se quitó el sombrero, sino que al contrario, alargando todo lo posible el cuello, como para dominar la multitud, continuó hablando de este modo dirigiéndose á todos en general: "Señores, no es posible que ustedes regresen á Valladolid," en cuyos momentos quedaron circulados de un número considerable de indios armados de fusiles y de machetes.

Entónces el Vicario para salvar á algunos de los que allí se hallaban, aunque despues quedase él cautivo, manifestó á Huchim: que ya que iba á permanecer con ellos, necesitaba de sus paramentos sagrados para administrarles los sacramentos, para lo cual le suplicaba que fuesen por ellos las personas que para el efecto fué designando, habiendo salvado de este modo, al Pbro. D. Manuel Jesus Perez, así como á los oficiales D. Joaquin Mésquita, D. Pedro Saldivar y á otros muchos, ménos al desgraciado Coronel Rivero y á un hermano suyo, en union de los oficiales D. Federico Barrera, D. Eusebio Castellanos, D. Miguel Cabañas y un sargento de artillería que quedaron prisioneros. Quedó prisionero igualmente, el primer Ayudante D. Francisco Oviedo que ya de último concurrió á Halal, regresando á los indios que habian permanecido en la plaza como rehenes, y á quienes se habia obsequiado con varios garrafones de aguardiente que llevaron cargados en la cabeza.

Por último, á las cinco de la tarde atravesaba frente á las trincheras de la línea de defensa, una inmensa multitud que gritaba á nuestros soldados con sarcasmo, mostrándoles á unos á quienes custodiaban entre filas: "¡Aquí los llevamos, despídanse ustedes de ellos! Eran aquellos desgraciados, los prisioneros que caminaban con su custodia respectiva para Oitnup, en donde hicieron su entrada como á las oraciones

de la noche, habiéndolos salido á recibir en el cabo de la poblacion Cecilio Chf. A esa misma hora, fueron encerrados los jefes y oficiales en un cuarto del convento, ménos el Vicario, á quien dejaron en una de las piezas principales á puertas abiertas, como en libertad, con solo la circunstancia de haberle puesto una guardia, no sabemos si para honrarlo ó para tenerlo en seguridad.

Así pasaron la primera noche de su prision los desventurados presos, dejando á la consideracion de nuestros lectores, los pensamientos que habrán cruzado en la cabeza de los dos principales Oviedo y Rivero, durante el curso de ella al entregarse á sus tristísimos recuerdos. El uno, Oviedo, tendría presente que en aquel mismo lugar acababa de morir un hijo suyo, y que en aquel instante, una legua nada mas de Valladolid donde todavia combatian sus compañeros de armas, segun el ronco tronar de la artillería que hasta allí llegaba, no solo no podia vengar la sangre de aquel cuya muerte le habia hecho derramar amargas lágrimas, sino que él mismo iba á humedecer con la suya aquella tierra de maldicion. El otro, Rivero, bien tendría presente su último combate en aquel lugar, bien habrá recordado á sus compañeros de armas que en aquel dia murieron, ¡cuánto se habrá acordado de su compañero Bolio! cuánta amargura habrá embargado su alma cada vez que retumbaba en altas horas de la noche, la artilleria de Valladolid que él tantas veces habia llevado al campo de batalla! Y luego, al tener presente á su familia, ¡cuán destrozado habrá sentido el corazon, al recordar que facilmente la hubiera salvado entre aquellas que llevó á Izamal, pero que sin embargo, no lo hizo, comprometiéndose de este modo á sus desgraciados hijos! ¡Oh! noche horrible debió ser esa para aquellos mártires ilustres que pronto debian morir!.....

En todo el dia siguiente que era el 13 de Marzo, no hubo ninguna novedad; pues aunque es cierto que los infelices prisioneros seguian sufriendo la agonía moral de que eran víctimas, no habia habido un amago serio contra su existen-



cia. Sin embargo, á las oraciones de la noche de ese mismo dia, vieron la señal, aunque á ellos no se les hubiese dicho nada, de lo que al dia siguiente les iba á suceder. A esa hora dió principio un desfile de indios que venian de los pueblos comarcanos, tomando en seguida el camino de Valladolid, cuyo desfile no vino á concluir sino al otro dia, dejando á Oitnup en el mas profundo silencio que se pudiese dar. Solo habian quedado en el pueblo los presos del convento, vigilados por una guardia que habia puesto algunos centinelas en las avenidas de la plaza, como por vía de precaucion.

En este estado de cosas, en medio de este profundo silencio, llegan al convento unos quince ó veinte indios de Muchucux, todos ellos de una estatura formidable, dirigiéndose á la pieza en que se hallaban los prisioneros. Inmediatamente, el Vicario que lo advierte, marcha al mismo lugar, é interponiéndose entre ellos y la pieza, porque ha llegado á comprender que se les vá á sacrificar, les ruega con lágrimas en los ojos, pidiendo misericordia que no consigue; pues aunque al principio lo tratan con respeto, diciendole que se separe, al fin al ver su resolucion de no abandonar la puerta, lo cojen fuertemente del brazo y lo retiran. Entónces, él, en aquel momento se va á la Iglesia, se prosterna delante de un Crucifijo, extiende los brazos y entra en oracion, miéntras aquellos abren las puertas que defendia, acabando con los presos á machetazos, en los mismos momentos en que retumbaba el cañon por el camino de Valladolid, escuchándose en seguida un nutrido fuego de fusilería. ¿Qué era aquello? Era que Valladolid sucumbia como si no hubiese podido resistir la grande pena que le causaba la pérdida de sus mas valientes defensores, con cuyo motivo coincidia su caida con la muerte infortunada que recibian.

Valladolid, en efecto, habia lanzado su último gemido de dolor, despues de los sucesos ocurridos en Halal. Muerto el valiente D. Miguel Bolio, prisionero el magnánimo Rivero, que si no lo mandaban á batirse, se batia de oficio, habian desaparecido de los cuatro héroes de la plaza, dos Aquiles,

quedando de los cuatro á quienes consideramos del mismo modo solo dos: D. Angel Rosado y el bravo primer Ayudante Vergara. D. Agustin Leon persuadido por esta causa de la imposibilidad de reanimar á las tropas de la guarnicion, convocó una junta de Jefes y Oficiales para tratar seriamente la cuestion, dejándolos en absoluta libertad de hablar, habiendo opinado todos ellos por la desocupacion que se verificó el 14 de Marzo de 1848, á la misma hora en que eran sacrificados los prisioneros, y en que el Vicario Sierra extendia los brazos para entrar en oracion en la Iglesia de Oitnup. Hé aquí el modo con que se verificó.

A las cinco de la mañana salió el Teniente Coronel don Cristobal Trujillo, comandante del cuartel de Candelaria, con una seccion como de quinientos hombres, conduciendo á las familias que desde las tres de la madrugada se hallaban en la mas completa desesperacion. Aquello era un espectáculo conmovedor. Los artilleros permanecian frente á sus piezas con las mechas encendidas; los niños lloraban, las mugeres se lamentaban, los caballos en tropel se encabritaban ó relinchaban, los heridos salian arrastrándose del hospital, las puertas de las casas abandonadas se golpeaban con estrépito: don Agustin Leon, gritaba, desesperaba, increpaba á los Jefes y Oficiales que no cumplian sus órdenes, breves pero terminantes, hasta que por fin vino á conseguirse que salieran aunque no con el orden que se queria. Un poco despues salió otra seccion encabezada por el primer Ayudante de infantería permanente D. Tomas Fajardo, conduciendo los carros de parque, la artillería y algunos heridos que podian andar. Quedaba en la Ciudad hasta las siete de la mañana, una fuerza á las inmediatas órdenes de D. Agustin Leon que permanecia imperturbable una cuadra despues de la plaza principal por el camino de Popolá, que era el itinerario que habian llevado las dos secciones, así como la que cubria los campamentos de S. Juan y de Santa Ana, de cuyos puntos eran comandantes D. Angel Rosado del primero, el Capitán D. Manuel Cepeda Peraza del segundo. Pero la hora su-



prema habia sonado ya.....

Apénas acababa de partir un Oficial á caballo con el objeto de avisar de órden del Comandante en Jefe, á los comandantes de San Juan y de Santa Ana, que se replegaran, cuando los indios tumultuariamente se apoderaron de la plaza principal, machetearon á los heridos que encontraron y cayeron en seguida sobre D. Agustin Leon, que tuvo la serenidad de no precipitar su marcha, sino de contestar con dos piezas de artillería que le quedaban, el nutrido fuego de fusilería que á la distancia de quince ó veinte pasos se le dirigia, hasta que pudo avanzar en órden por el camino de Popolá sostenido en su retaguardia por D. Angel Rosado y el Capitan Cepeda, que tuvieron el heroismo de no desconcertarse, á pesar de haber atravesado la plaza, en medio de una inmensa turba de indios que casi desnudos, con un solo pañuelo en la cabeza nada mas, los recibieron á balazos por todas direcciones, causándoles desgracias de gran tamaño, como se debe suponer. Todavía, sin embargo, faltaba lo peor á aquel cuadro desconsolador, que es lo que vamos á ver á continuacion.

Reunidas en Popolá las tres últimas secciones que salieron, se encontraron con la desgracia de que las dos de vanguardia se hallaban detenidas sin motivo alguno en dicho punto, estorbando de este modo el paso con los carros de parque, la artillería y un sin número de familias que habian empezado ya á desesperar. En esta situacion, los indios que habian afluído por todas direcciones sobre el pueblo referido, para impedir el avance de las tropas, se aparecieron súbitamente por las avenidas principales haciendo un fuego desesperado, cuyas balas caian entre las familias que entorpecidas por los carros, entorpecian tambien á las tropas para resistir. En vano luchó entónces D. Agustin Leon para reorganizarlas. La fuerza del primer Ayudante Fajardo se desbandó completamente, las otras siguieron su funesto ejemplo, la caballería vino á confundirse con la artillería, y una y otra pasaban sobre las pobres familias que extraviadas de sus es-

posos, padres é hijos, gemian desesperadamente sin saber qué hacer. Veíase á algunos que con un niño en el brazo, conduciendo además á cinco ó seis personas de su familia, hacian fuego sin embargo, para abrirse paso. Veíase á otros que en la desesperacion de no poder continuar de frente, se internaban en el bosque con sus mujeres y sus hijos, entregándose á la suerte ciega nada mas. En medio de todo esto, D. Celestino Brito, aquel valiente oficial que cuando la derrota del Coronel Rivero en Oitnup, tuvo la serenidad de hacer fuego en todo el tránsito con su carabina, al ver que el enemigo iba á apoderarse de los carros de parque que se hallaban en la plaza, hizo un largo reguero de pólvora, con el cual, al prenderle fuego, volaron horriblemente aquellos, causando entre las familias y la tropa, desgracias de gran consideracion.

Al fin, despues de tres dias de un penoso tránsito llegaron á Espita las familias y la tropa en completa dispersion, con la triste circunstancia de haber perdido aquellas lo único que habian podido salvar al salir de Popolá, debido á la conducta escandalosa de la fuerza ya desmoralizada desde la desocupacion de Valladolid. D. Agustin Leon que llegó de último porque tuvo la suficiente fuerza de ánimo para quedarse á retaguardia con un puñado de leales que lo obedecieron, increpó publicamente al primer Ayudante Fajardo por haberse dispersado junto con su fuerza, dando lugar á lo que sucedió. Luego quiso ver si reorganizaba á los dispersos para sostenerse en dicho punto, haciendo pasar á las familias, lo cual tampoco pudo conseguir; pues solo al vago rumor de que los indios se aproximaban, salieron todos en el mismo desórden con que salieron de Popolá, tomando el camino de Buctzootz. A los tres dias llegaron á Temax, donde reunidos, volvió D. Agustin Leon á quererlos reorganizar para ir á ocupar con ellos á Izamal, habiendo sido tan inútiles sus esfuerzos, que al fin desistió de su propósito, porque el batallon *Libertad* de Campeche hallándose en formacion, se puso á dar el grito sedicioso de: ¡á Campe-



che! ¡á Campeche! á cuyo grito contestaron los de Mérida: ¡á Mérida! dispersándose de este modo las fuerzas que salieron de Valladolid.

Pero aun quedaba en el Oriente todavía, un valiente Capitan que sitiado en Calotmul varias ocasiones, varias ocasiones tambien habia salido vencedor de sus contrarios. Este Capitan, era el jóven D. Sebastian Molas, que habiendo sabido en Valladolid el amago que se hallaba sufriendo Tizimin, su pueblo natal, despues de la pérdida de Chancernote, habia salido de allí con su seccion auxiliadora, con cuyo motivo, no solo lo habia puesto en estado de defensa, sino que habia practicado varias expediciones con éxito favorable, internándose hasta Tixcacal y Pocoboch. Perdido, sin embargo, Valladolid, se replegó con sus tropas á Tizimin, desde donde tomó el camino de Rio-Lagartos, con todas las familias del partido, resuelto á sostenerse todo lo posible, hasta poderlas llevar á la Capital.

Y cumplió en efecto con su propósito; pues aunque enfermo como despues se vió, formó en Rio-Lagartos su línea de defensa, salió diversas veces á expedicionar á los pueblos comarcanos con el objeto de proveer de recursos á las familias, y por último, sostuvo un sitio como de quince dias, hasta que se presentaron varias embarcaciones de la Isla de Cuba, de aquellas de que hablamos en el capítulo anterior, en las cuales partieron todos para Campeche á donde llegaron tranquilamente, aunque no habiendo querido permanecer allí, por el mal trato que recibian los emigrados, se dirigieron inmediatamente á la Capital, en cuyo punto dejaron á las familias, pasando Molas con las tropas á continuar prestando sus servicios en el partido de Izamal.

De esta manera, perdido Tizimin y Rio-Lagartos, todo el Oriente habia quedado en manos de los indios, pues los vecinos de los otros pueblos, al pasar por ellos las tropas y familias que salieron de Valladolid, se incorporaron á ellas, haciendo abandono de sus hogares, que luego fueron víctimas del incendio como todos los demas. Por eso fué tal la

desesperacion de la Capital, al saberse aquel acontecimiento, que apenas pudo decir el periódico oficial: "Valladolid, cayó por fin!... ¿qué será de nosotros en adelante?....."

Compendiada estaba en esa pregunta la situacion del país que tenia á D. Santiago Méndez en la mas completa desesperacion. Inútiles habian sido sus esfuerzos, impotentes sus combinaciones administrativas, nula su voz que habia pedido varias ocasiones la union y reconciliacion de los yucatecos en nombre de la patria. Unas en pos de otras habia visto caer las mas ricas poblaciones del Estado, sin poder detener el empuje de los bárbaros ni establecer bajo sólidas bases la administracion. En todo el mes de Diciembre hasta los primeros dias de Marzo, habia sucumbido Ichmul, se habian perdido Sabán, Sacalaca y Peto, habian sido incendiados Tixcacaltuyú, Yaxcabá y Sotuta, mas de cien establecimientos estaban convertidos en cenizas, y por último, al sucumbir Valladolid, todo el Oriente sucumbió tambien. Todo esto le hacia pensar en medidas extraordinarias, en providencias de aquellas que solo se dictan cuando los pueblos están en su agonía, lo cual nos obliga á hablar de los trabajos de la comision pacificadora que dejamos en Tekax, única cosa en que fijaba sus esperanzas, en medio de tantas calamidades que tenían lugar.

La comision pacificadora una vez instalada en Tekax, dirigió por conducto de su presidente, Barbachano, así como por el del Cura Vela, cartas amistosas á los caudillos principales de Valladolid, Sotuta y Tihosuco, especialmente á Jacinto Pat, enviándose á cada uno de ellos por el referido Cura Vela, la pastoral del Obispo Guerra vertida al idioma maya. Servian como auxiliares de la comision, por cuyo conducto fué remitida la correspondencia á los caudillos de Valladolid y de Sotuta, los Sres. D. Manuel Cecilio Villamor, D. José Dolores Pasos y D. Domingo Antonio Bacelis. Por medio de estos últimos, así como del Capitan D. Victor García, comandante del cuartel de Teabo, contestaron violenta-